

## Espacios y formas de sociabilidad en la cultura política tradicionalista entre los siglos XIX y XX.<sup>1</sup>

Javier Esteve Martí  
Universitat de València

**Resumen:** La recuperación del carlismo tras su derrota en la Segunda Guerra Carlista se fundamentó, durante los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX, en la formación de un denso entramado de asociaciones.

El presente texto tiene por objetivo explorar, a través de las juntas, las juventudes, los *aplechs*, pero sobre todo por medio de los círculos, cómo el carlismo conformó y conquistó espacios de sociabilidad más o menos formales.

Con sus distintas funciones, incluyendo las culturales, recreativas y asistenciales, el círculo acabó convirtiéndose en corazón y músculo del carlismo.

También tratará de analizarse la importancia que en estos espacios tuvo el empleo de símbolos y referentes compartidos. Especialmente porque estos permitían socializar una red de memorias e ideales que favorecieron el mantenimiento y la socialización de una identidad colectiva carlista.

**Palabras clave:** carlismo, círculos, *aplech*, asociacionismo, sociabilidad.

**Abstract:** The recovery of carlism after its defeat in the second Carlist War was based, during the last years of the 19th century and early 20th century, in the formation of a dense network of associations.

This paper aims to explore, through the joints, the youth, the *aplechs*, but above all through the circles, how carlism formed and conquered more or less formal spaces of sociability. With different functions, including the cultural, recreational and healthcare, the circle eventually became the heart and muscle of carlism.

This paper also try to analyze the importance that on these spaces had the use of symbols and shared references. Especially since these allowed to socialize a network of memories and ideals that favoured the maintenance and socialization of a Carlist collective identity.

**Keywords:** carlism, circles, *aplech*, associationism, sociability.

---

<sup>1</sup> La presente comunicación se inserta en el proyecto “De la dictadura nacionalista a la democracia de las autonomías: política, cultura e identidades culturales” [HAR 2011-27392], financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

## La reorganización finisecular del carlismo.

En 1896, el catedrático de instituto y diputado carlista Manuel Polo y Peyrolón apuntó que

Quando no había círculos carlistas perdíanse las energías individuales de nuestros correligionarios en el retiro y aislamiento del hogar doméstico. Ahora, en los círculos nos conocemos, nos tratamos, intimamos hasta donde es posible y nos fundimos, si se me permite la expresión, en una sola aspiración y pensamiento único.<sup>2</sup>

Por otra parte, el historiador francés recientemente fallecido, Maurice Agulhon, definió el concepto “sociabilidad” como

Les systèmes de relations qui confrontent les individus entre eux qui les rassemblent en groupes, plus ou moins naturels, plus ou moins contraignants, plus ou moins stables, plus ou moins nombreux.<sup>3</sup>

En atención a ambas definiciones resulta evidente que los círculos, en el seno de la cultura política tradicionalista, se convirtieron en un espacio de sociabilidad. Espacio de sociabilidad que, si tenemos en cuenta algunos de los trabajos de Jordi Canal,<sup>4</sup> habría sido el más destacado de los que se habrían constituido dentro del movimiento antiliberal. En este texto, además del círculo, voy a tratar de abarcar el estudio de otros de los principales espacios y formas de sociabilidad que en el seno del carlismo de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX se convirtieron en herramientas fundamentales para la socialización de una cultura política antiliberal en lo político e integrista en lo religioso.

El carlismo, surgido a comienzos del siglo XIX, se ha destacado por su perdurabilidad en el panorama político español a lo largo del tiempo. No obstante, aún existe hoy en día, aunque cabe apuntar que su pervivencia como movimiento de cierta importancia se limitaría a las primeras décadas de la dictadura franquista. Su reproducción a lo largo de diversas generaciones ha sido un fenómeno ampliamente estudiado, pareciéndome singularmente acertada la importancia que Martin Blinkhorn

<sup>2</sup> Polo y Peyrolón, M.: *Los círculos carlistas*, Barcelona, Biblioteca Popular Carlista, 1896, p. 85.

<sup>3</sup> En Agulhon, M.: “Les associations depuis le debut du XX<sup>e</sup> siècle”, en Agulhon, M. y Bodiguel, M.: *Les associations au village*, Le Paradou, Actes Sud, 1981, p.11

<sup>4</sup> Canal, J.: “Espacio propio, espacio público. La sociabilidad carlista en la España mediterránea en la etapa de entresiglos”, en Sánchez Sánchez, I., *et al.*: *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, pp. 125-149 y Canal, J.: “Dal circolo alla Piazza. La sociabilità política legitimista nella Spàgna mediterránea tra Otto e Novecento”, *Memoria e Ricerca* 5 (1995), pp. 47-64.

ha asignado al mantenimiento de un tejido de memorias y mitos, símbolos y rituales, lealtades y enemistades, instintos y principios. Jordi Canal, en un sentido muy similar, ha dado un papel primordial a la transmisión de determinados sentimientos, valores y experiencias.<sup>5</sup>

Si aceptamos todo lo anterior, resulta evidente que para el carlismo la sociabilidad entre sus miembros y la socialización de sus memorias, creencias y espíritu político eran fundamentales. En ciertos espacios geográficos la sociabilidad carlista se estructuraba, más que a través de asociaciones propiamente dichas, gracias a un carlistizado entramado familiar, vecinal e institucional. Especialmente en Navarra, en este sentido, se ha hablado de la conformación de un auténtico gueto carlista.<sup>6</sup> Pero lo cierto es que, por lo general, la necesidad de incrementar la sociabilidad entre carlistas y la socialización del carlismo para así adaptar la cultura política a la nueva sociedad de masas, a partir de las últimas décadas del siglo XIX, encontró un marco de consecución inigualable en el fenómeno asociativo. Especialmente en los dos grandes bastiones del carlismo en geografías ajenas al Norte, pues la creación de asociaciones fue fundamental para la perpetuación de este en el País Valenciano y Cataluña.<sup>7</sup>

Para comenzar a tratar acerca del pujante fenómeno asociativo carlista, debe puntualizarse que el mismo “partido”, como tal, no deja de formar parte de los distintos conceptos relacionados con el asociacionismo. No obstante dicho término, con una significación claramente contemporánea, supone la agrupación o asociación de personas que defienden una misma opinión política.<sup>8</sup> Pese a que el carlismo no gustase del término partido por otorgarle una significación política liberal, puede asegurarse que al menos desde la Restauración (y probablemente ya antes), este asumió una estructura partidista a través de la proliferación de Juntas. Por otra parte, la renuncia consciente a la denominación de partido y la preferencia por términos como “Familia” o

---

<sup>5</sup> Tanto la caracterización de M. Blinkhorn como la del propio J. Canal son perfiladas en la obra de este último, Canal, J.: *El carlismo: dos siglos de contrarrevolución en España*, Madrid, Alianza, 2000, p. 24.

<sup>6</sup> Al respecto puede leerse Millán, J.: “Una reconsideración del carlismo”, *Ayer* 29 (1998), pp. 91-107 o Caspistegui, J.: “¿Carlismo en Navarra o Navarra carlista? Paradojas de una identidad conflictiva entre los siglos XIX y XX”, en *El carlismo en su tiempo: geografías de la contrarrevolución. Actas de las I Jornadas de estudio del carlismo*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2008, pp. 205-244.

<sup>7</sup> Canal J.: “Espacio propio, espacio público...”, pp. 132-134. No obstante, puede destacarse que el País Valenciano fue la región española en que mayor impulso recibió la fundación de asociaciones de carácter político, Grupo de Estudios de Asociacionismo y Sociabilidad: *España en sociedad. Las asociaciones a finales del siglo XIX*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1998, p. 99.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 54.

“Comunión” no eran casuales.<sup>9</sup> El objetivo era enfatizar la existencia de una sociedad (o contra-sociedad) carlista, de un “pueblo sano y católico” que se articulaba bajo formas conocidas, aquellas propias de la sociabilidad tradicional.<sup>10</sup>

Tras la derrota en la segunda guerra carlista y los consiguientes años de colapso que siguieron a esta, el carlismo comenzó a finales de la década de los ochenta, tras la escisión de los integristas, un proceso de reorganización capitaneado por el marqués de Cerralbo. Éste, que tras la renuncia parcial a la vía armada como forma de subvertir el régimen liberal, había de ir acompañada de una suerte de modernización, se llevó a cabo por una vía que, como ya he afirmado, podríamos caracterizar de claramente contemporánea: la asociativa. Para tal empresa se aprovechó un entramado de asociaciones creadas inicialmente con motivo del XIII centenario de la conversión de Recaredo al catolicismo, en una celebración que tenía por motivo reivindicar la reimplantación de la unidad católica en España.<sup>11</sup> El carlismo, a lo largo de la Restauración mantendrá y recreará un exuberante entramado de juntas locales, provinciales, regionales y centrales, en un intento de dotar al partido de organización antes, durante y después de los periodos electorales.

Significativa fue, sin lugar a dudas, la expansión de las juntas locales, que se encuadraban a la perfección en el escalafón jerárquico del edificio político carlista y favorecían la vitalidad de las bases. El precario estado del carlismo durante los primeros años de la Restauración contrasta con las estadísticas numéricas de finales del siglo XIX, que señalan para el año 1896 la existencia de 2.462 juntas.<sup>12</sup> Juntas que tenían un papel relevante en la lucha electoral, lo cual no era de menor importancia en un partido ajeno al turno dinástico. Pero además, se constituían como organismos de coordinación, propaganda y en última instancia, como espacios de sociabilidad. Ahora bien, lo cierto es que cabe poner en cierta cuarentena la funcionalidad de una parte destacable de estas

---

<sup>9</sup> El propio partido carlista, en más de una ocasión, adoptó el nombre de “Comunión Tradicionalista” durante la Restauración, presentándose a los comicios bajo esta marca en otras ocasiones históricas, como durante la II República o el Sexenio Democrático. En cuanto a la caracterización familiar del carlismo, lógica si se tiene en cuenta que la familia era considerada la base del orden tradicional, esta puede observarse en Polo y Peyrolón, M.: “La gran familia”, *El Correo Español*, 25-I-1897.

<sup>10</sup> Canal, J. *El carlismo: dos siglos de contrarrevolución...*, p. 247.

<sup>11</sup> Real Cuesta, J.: *El carlismo vasco, 1876-1900*, Madrid, Siglo XXI de España, 1985, pp. 133-135.

<sup>12</sup> Canal, J.: “Las muertes y resurrecciones del carlismo. Reflexiones sobre la escisión integrista de 1888”, *Ayer* 38 (2000), pp. 126-127.

juntas, toda vez que en ocasiones su papel y existencia habría sido meramente testimonial o nominal.<sup>13</sup>

Pero la figura por excelencia en la reorganización del tradicionalismo tras la última guerra carlista no fue la junta, sino el círculo. En esta época, los círculos se constituyeron en espacios fundamentales para la identificación con una cultura común y la asignación de significados específicos para aquello que ocurría en el mundo que había más allá del espacio físico que constituía el propio círculo.<sup>14</sup> No era este un fenómeno específico del carlismo, ya que círculos o casinos se convirtieron en centros de reunión y espacios de sociabilidad característicos de los últimos años del siglo XIX y primeras décadas del siguiente para numerosas culturas políticas. Incluso los partidos dinásticos se dotaron de círculos, por más que su carácter popular y vitalidad puedan ser puestos en duda. En cuanto a los establecimientos carlistas, en estos encontramos más afinidades respecto a los de otros partidos políticos que asumieron el reto del auge de las masas, estimulado por la implantación del sufragio universal (1890) y la ley de asociaciones (1887). Es el caso de los círculos de las diversas tendencias republicanas, de las casas del pueblo socialistas, de los batzokis vascos, los centros catalanistas o los casinos blasquistas.

### **El Círculo, hogar de la familia carlista.**

El término círculo, aunque en ocasiones se empleasen otros como “centro” “sociedad” o “casino”, fue el predominantemente elegido por los carlistas (y en general, por el conjunto del movimiento católico) para bautizar los espacios concretos en que sus adeptos se reunían. A la hora de hablar sobre los círculos carlistas con cierta novedad uno encuentra rápidamente la limitación y oportunidad que supone la existencia de magníficos trabajos al respecto de Jordi Canal, algunos de ellos ya apuntados en la cuarta nota al pie de este trabajo. La entidad de estos escritos nos permite huir de la necesidad de describir exhaustivamente el funcionamiento de dichas asociaciones, pudiendo por el contrario centrarnos en algunas de las características que para el

---

<sup>13</sup> No obstante, J. Real Cuesta, que sostiene que una parte de la reorganización orquestada por el marqués de Cerralbo era artificiosa, ha apuntado que de hecho carlistas como Tirso de Olazábal o el conde de Rodezno habrían reconocido que una fracción del impresionante edificio político carlista tendría un componente de ficción: Real Cuesta, J.: *El carlismo vasco...*, pp. 139-140.

<sup>14</sup> Comes Iglesia, V.: “¿Aislamiento o apertura a la sociedad? Un giro estratégico en el carlismo valenciano, 1909-1911”, en *El siglo XX: balance y perspectivas. V Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, Valencia, Florida Universitaria, 2000, pp. 323-324.

presente trabajo resultan más significativas. En cuanto a una definición a trazos gruesos de qué suponían los círculos para la cultura política carlista, resulta de gran interés acudir a las fuentes primarias. Significativas son, por ejemplo, las palabras del ya mencionado Manuel Polo y Peyrolón, que jugó en el País Valenciano un papel fundamental durante la reorganización finisecular.<sup>15</sup>

El Círculo es el hogar de la familia carlista, y ha demostrado la experiencia que, tal como se hace hoy día la política, no hay partido posible sin casa social. No es, por consiguiente, buen hijo el que no frecuenta el hogar paterno, o el Círculo, no contribuye a su sostenimiento y animación política, y no trabaja para alejar de los Círculos todo espíritu de discordia, de indisciplina, de ambiciones malsanas y de personalismos.<sup>16</sup>

Los círculos carlistas, como espacios y como asociaciones, eran entes multiformes y multifuncionales. En este sentido, constituían un local físico con salas de reuniones y diversos espacios destinados a la expansión de los socios y a la acogida de las actividades e iniciativas diversas que tenían lugar en el interior de la “casa” de los carlistas. Y es que los círculos tenían funciones políticas, en parte por su conversión en la sede de las juntas carlistas; funciones propagandísticas, determinadas por la celebración de conferencias y actos similares; funciones formativas y educativas, gracias a la organización de bibliotecas, la tenencia de prensa periódica o la celebración de cursos de temática diversa e incluso la organización de pequeñas escuelas; funciones asistenciales, a través de diversas iniciativas de carácter social; y una clara función recreativa.<sup>17</sup>

Especialmente destacable para la conversión de los círculos en espacios de sociabilidad carlista privilegiados me parece su doble faceta recreativa y educativo-cultural, por más que considero que la acogida de iniciativas asistenciales también era fundamental. En cuanto a la primera, deben tenerse en cuenta las palabras de Jean-Louis Guereña, que ha defendido que el café, que con la contemporaneidad se convirtió en espacio predilecto para el desarrollo de una sociabilidad más o menos informal, legó al casino y al círculo, espacios asociativos claramente más formales, ese carácter

---

<sup>15</sup> El propio marqués de Cerralbo le felicitó por haber alcanzado el número de 210 juntas y 37 círculos en la provincia de Valencia. “Carta del marqués de Cerralbo a Manuel Polo y Peyrolón”, Madrid, 6-V-1895. La carta en cuestión forma parte del archivo de Polo y Peyrolón sito en la Real Academia de la Historia, apareciendo bajo la signatura 9-33-8. 7901 (“Correspondencia política con el marqués de Cerralbo”).

<sup>16</sup> Polo y Peyrolón, M.: *Memorias de un sexagenario*, Tomo 4, pp. 150-152. Frente a éstas, las memorias originales conservadas en la Real Academia de la Historia, últimamente ha aparecido una publicación parcial de estas, Urcelay Alonso, J. (ed.): *Memorias políticas de M. Polo y Peyrolón: crisis y reorganización del carlismo en la España de la Restauración*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.

<sup>17</sup> Canal, J.: *El carlismo: dos siglos de contrarrevolución...*, pp. 238-240.

recreativo.<sup>18</sup> En cuanto a la segunda, esta faceta era imprescindible de cara a la socialización de la cultura política carlista, enlazando al mismo tiempo con el gusto regeneracionista (también en lo social y cultural) de la época. Respecto a la labor asistencial del círculo carlista, por ahora puede apuntarse que esta era absolutamente necesaria para que los círculos legitimistas pudiesen competir con las asociaciones de otras culturas políticas, especialmente aquellas de carácter obrero.

La importancia de estas funciones queda reflejada, por ejemplo, en las palabras que Vicent Comes Iglesia ha dedicado a Juan Luís Martín Mengod, tradicionalista valenciano que participó en la refundación del *Diario de Valencia*. Éste tenía una idea funcionalista de los Círculos carlistas, que a su parecer tenían sentido como espacios de carácter principalmente instructivo o benéfico. Para él, la expansión y el ocio protagonizados por el juego de mesa, la bebida o la conversación informal debían tener un papel secundario frente a la necesaria implantación en el local legitimista de mutualidades, cajas de ahorro, escuelas (diurnas o nocturnas) o gimnasios. De la misma forma, Martín Mengod consideraba necesario primar el carácter cultural de los locales carlistas, considerándolos lugares predilectos para la celebración de conferencias de carácter político, artístico o literario. En esta misma línea, defendía que debía estimularse la formación de orfeones, orquestas y la representación de obras teatrales. En última instancia, defendía la formación de escuelas primarias, al tiempo que en un intento de favorecer la propaganda carlista quería promover la creación de escuelas de declamación en que preparar una juventud formada y convincente.<sup>19</sup>

En cuanto al ocio, es posible que el hecho de que en ocasiones tratase de limitarse su papel en la vida diaria del círculo, como hemos visto en el caso de Martín Mengod, fuese significativo de que más bien ocurría todo lo contrario. En una línea similar, otro de los líderes del carlismo valenciano, el ya mencionado Manuel Polo y Peyrolón, acabó lamentando que por la “ineludible fuerza de la lógica y de la índole de los círculos, lo mismo los católicos que los carlistas, caímos en el casino recreativo”.<sup>20</sup> Pero lo cierto es que, a mi parecer, las posibilidades de las actividades de carácter recreativo no deberían ser minusvaloradas, toda vez que actos sociales aparentemente

---

<sup>18</sup> Guereña, J-L.: “La sociabilidad en la España Contemporánea”, en Sánchez Sánchez, I. *et al.*: *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, p. 25.

<sup>19</sup> Comes Iglesia, V.: “¿Aislamiento o apertura a la sociedad?... p. 323.

<sup>20</sup> Polo y Peyrolón, M.: *Memorias de un sexagenario*, Tomo 9, p. 638

banales como las veladas familiares, las representaciones teatrales, los conciertos musicales, las sesiones de prestidigitación, los juegos de cartas las partidas de ajedrez, damas o billar podían funcionar perfectamente como herramientas fundamentales para fomentar la cohesión entre los correligionarios.<sup>21</sup>

Incluso la simple conversación, acompañada de tabaco y bebida (elementos que muchas veces restringieron la presencia en el círculo a varones mayores de edad), funcionaba como factor favorable a la formación de una identidad colectiva en un contexto particular como era el del círculo. No obstante, este local no era una taberna o un café cualesquiera, pues incluso cuando la velada se limitaba a la mera charla informal, no era de menor importancia que esta tuviese lugar bajo la presidencia de cuadros del príncipe proscrito, el Pontífice y otros personajes destacados del tradicionalismo español o local. Y es que la imagen se convertía, en los salones del círculo, en una herramienta de socialización de memorias y mitos, de una identidad compartida expresada a través de carteles, retratos, láminas de batallas, bustos e incluso botellas de licor o papel de fumar con sugerentes nombres y motivos legitimistas. Banderas, boinas y otros complementos completaban una cuajada simbología que permitía pensar la propia conversación distendida como una acción reivindicativa.

El uso intensivo de la imagen y los símbolos como factores conformantes de un “nosotros” ha sido frecuentemente estudiado en culturas políticas consideradas progresistas, pero lo cierto es que también puede rastrearse en movimientos antiliberales desde épocas tempranas. Así, no debe olvidarse que por ejemplo en el legitimismo portugués, el conocido como miguelismo, la imagen del príncipe Don Miguel (convertido en un mito viviente) ya recibió un tratamiento y una difusión extensísima, ocupando un lugar privilegiado en viviendas, edificios públicos, templos y manifestaciones. De hecho, si en el carlismo finisecular proliferaron canciones, poesías, romances, pañuelos, petacas, pendientes o broches con motivos legitimistas, debe considerarse que gran parte de estos elementos de “marketing” e identificación ya existían en el Portugal de la primera mitad del siglo XIX, en que colores, banderas e imágenes tuvieron una marcada significación política.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> Canal, J.: *El carlismo: dos siglos de contrarrevolución...*, p. 240.

<sup>22</sup> Entre la extensa bibliografía lusa sobre el miguelismo puede destacarse, por ejemplo, Malheiro da Silva, A. B.: *Miguelismo. Ideologia e mito*, Coimbra, Minerva, 1993.



### **Alma, corazón y músculo del carlismo.**

Si la reconstitución del carlismo como partido había comenzado por medio de las juntas, los círculos se convirtieron, desde muy pronto, en el alma, el corazón y el músculo del tradicionalismo español. Y es que los círculos se constituyeron como microsociedades legitimistas, un auténtico refugio en que los tradicionalistas se conocían y se reconocían, se daban la razón y reafirmaban su fe política, el espacio físico en que se formaba y consagraba una identidad colectiva y propia. Eran o al menos pretendían ser el reflejo actualizado de la sociedad tradicional española, así como una síntesis de cómo era, o más bien querían imaginar que sería, la sociedad que el carlismo quería construir en España una vez se alzase con el poder. Así, conceptualizado como espacio en que se reproducía la sociedad tradicional, el círculo se presentaba en el imaginario carlista, entre otras cosas, como un espacio de democracia cristiana.<sup>23</sup> El círculo era, por tanto, un espacio en que recrear la supuesta armonía social que el tradicionalismo proponía como respuesta a la lucha de clases con que la izquierda contestaba al problema social.

Por tanto, si bien los círculos carlistas no tenían un carácter marcadamente obrero, también se desmarcaban del cariz burgués que predominaba en ateneos y casinos dinásticos: el carlismo presumía de interclasismo aun partiendo de la idea de que la sociedad era un compuesto orgánico en que la desigualdad era un fenómeno natural.<sup>24</sup> Ahora bien, la importancia de la faceta asistencial de los círculos puede permitir suponer que la mayoría de las bases sociales carlistas, como por otra parte había sido históricamente frecuente, eran de extracción popular. En ese sentido de glosa de la armonía social carlista deben considerarse las afirmaciones del periodista carlista catalán Joan Baptista Falcó, que tratando sobre un banquete celebrado en un círculo barcelonés con motivo de un acto de propaganda, apuntaba que allí

Se veían confundidos en amigable consorcio el aristócrata con el modesto obrero, el comerciante con el abogado, el jefe con el simple voluntario: allí se realizaba, en una palabra, la verdadera democracia tan cacareada por los liberales y conseguida solamente por nosotros.<sup>25</sup>

<sup>23</sup> En esta línea insistía el tradicionalista Vazquez de Mella: “un cuadro hermosísimo de democracia cristiana, en que aparecen congregados el grande de España y el humilde menestral, el descendiente de los ricos-hombres de Navarra y el modesto obrero, el general y el soldado, el escritor y el campesino, unidos por el lazo fraternal de una creencia y sentimiento común”. Así se menciona en Canal, J.: “Els militants carlins a la fi del segle XIX. Una aproximació a la base social del carlisme”, en Solé i Sabaté, J. M. (dir.): *El carlisme i la seua base social*, Barcelona, Llibres de l'Index, 1992, p. 228.

<sup>24</sup> Dependiendo de lo que requiriese la ocasión, se hacía hincapié en la presencia en los círculos de ricos propietarios, empresarios o profesionales liberales, mientras que otras veces se destacaba la existencia entre los socios de campesinos, artesanos u obreros. *Ibid.*, p. 239

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 227.

Pero si los círculos se presentaban, como acabamos de ver, como una especie de “alma”, de transmutación a un espacio físico de la entelequia social carlista, quizá resulta aún más destacable el hecho de que también funcionaban como corazón e incluso como músculo de la organización legitimista. Como corazón del carlismo, no sólo constituían el elemento central del partido o su espacio de sociabilidad y socialización por excelencia, sino que los círculos también bombeaban la sangre o energía del carlismo allí donde el partido consideraba que esta hacía más falta. Es por ello que los círculos se convirtieron en impulsores de numerosas iniciativas fundamentales para la modernización y perpetuación del carlismo, como son la prensa, las escuelas, los sindicatos, organizaciones caritativas o entidades de recreo.

Además, puesto que el propio círculo se convertía en muchas ocasiones en la sede social de tales iniciativas, no sólo actuaba como corazón del carlismo, sino también como su músculo. En esta línea, resulta bastante sistemática la resolución de la Asamblea regional carlista valenciana celebrada en 1905, que determinó que en beneficio de la acción popular, instructiva y benéfica, en los Círculos carlistas debía tratar de constituirse escuelas, socorros, clases de esgrima y tiro al blanco, cooperativas de consumo, cajas de ahorros y de préstamos, Seguros de caballerías, Abonos y Pósitos.<sup>26</sup> Además, los círculos constituían, continuando con la metáfora fisiológica, una suerte de “cerebro” del carlismo, puesto que funcionaban a la perfección como espacios de transmisión de información y de difusión de órdenes, actuando como principales focos movilizados.

Evidentemente el círculo carlista, con un papel relevante hasta la Guerra Civil, no fue una realidad inmóvil. El paso del tiempo determinó la introducción de ciertos cambios y novedades, determinados por el interés en adaptarse a las necesidades y gustos de sus socios. El carácter cultural de los círculos se reforzó con toda una serie de iniciativas como por ejemplo la organización de clases de idiomas. En cuanto a su carácter popular y asistencial, algunos de ellos se dotaron de bolsas de trabajo. También se ha destacado la aparición en estos locales de teléfonos o salas de conversación familiar. Pero por encima de todo, en los albores del siglo XX resultó destacable la frecuencia con que estos establecimientos se dotaron de gimnasios, lugares en que llevar a cabo prácticas de tiro y secciones deportivas. En este sentido, Jordi Canal ha

---

<sup>26</sup> Así se constata en Polo y Peyrolón, M.: *Memorias de un sexagenario*, Tomo 5, pp. 284-285.

destacado que el carlismo, bajo la égida del pretendiente Jaime III, dio cierto énfasis a la organización de equipos del que había de ser deporte rey: el fútbol. No obstante, aparecieron clubes de idiosincrasia carlista, muchas veces vinculados a los círculos, como la Deportiva Navarra o el Sport Club Olotí. El acento puesto en la organización de este tipo de iniciativas tendría probablemente mucho que ver con el deseo de atraer a la juventud, elemento del que se tratará en próximas páginas.<sup>27</sup>

### **La lucha por los espacios de sociabilidad y socialización.**

A la larga, y al menos durante las primeras dos décadas del siglo XX, acabó resultando evidente que los círculos eran fundamentales para la supervivencia del carlismo. Así, en la valoración de la Octubrada<sup>28</sup> como un cataclismo para el carlismo de comienzos de siglo XX tuvo mucho que ver el hecho de que funcionó como pretexto para que el gobierno clausurase temporalmente publicaciones periódicas y círculos legitimistas. De alguna manera, la vitalidad del movimiento acabó asociándose no pocas veces a la de los propios círculos. Así, el pedagogo antiliberal Juan Bardina, al analizar la situación del carlismo catalán a comienzos del siglo XX, tras la mencionada Octubrada, lamentaba la desmovilización del carlista de a pie, que se plasmaba principalmente en el decaimiento de los círculos.

Aquí en Barcelona, donde hay más de 20.000 carlistas activos, donde hubo 8 círculos carlistas, uno de ellos con 2000 socios, hoy no encuentran los conspicuos 80 carlistas para formar un mal círculo.<sup>29</sup>

El reconocimiento de la importancia que los círculos tenían para el carlismo acabó produciéndose incluso en aquellos que inicialmente habían sido más reacios a su promoción. Es este el caso de los que solían estar en contra de la organización civil de la causa, algo habitual en aquellos carlistas de un perfil marcadamente militar, que acostumbraban a desconfiar de toda aquella vía de empoderamiento que no tuviese que ver con las armas. Esto puede observarse, por ejemplo, en las palabras del jefe militar carlista valenciano Alejandro Reyero, que a la altura de 1904 manifestaba a Manuel Polo y Peyrolón que

---

<sup>27</sup> Canal, J.: *Banderas blancas, boinas rojas: una historia política del carlismo, 1876-1939*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 36.

<sup>28</sup> Pequeño movimiento carlista insurreccional fallido que tuvo lugar en 1900.

<sup>29</sup> “Carta de Juan Bardina a José Domingo Corbató”, Barcelona, 15-IV-1901. Cajas 1-2. La totalidad de la correspondencia del padre Corbató, junto a su archivo personal, se halla actualmente en el Real Colegio del Corpus Christi, Valencia.

Aunque enemigo de los casinos, comprendo que es un factor de necesidad, en las agrupaciones políticas, por lo que celebro hayan encontrado una buena casa y en condiciones para montar un buen Círculo. Cuénteme entre los socios de a duro el mes y con diez acciones.<sup>30</sup>

Precisamente el reconocimiento de los círculos como un espacio fundamental para la perpetuación de la cultura política tradicionalista acabó poniendo en competencia a los legitimistas con aquellas agrupaciones de católicos que no enarbolaban la bandera política del antiliberalismo. Especialmente porque el movimiento asociativo católico, sobre todo desde la encíclica *Rerum Novarum* y más en un contexto favorable como era el de la Restauración, se hallaba en un periodo de franca expansión. La importancia asignada a los círculos explicaría, por ejemplo, la pugna protagonizada en la provincia de Valencia por el carlista Manuel Polo y Peyrolón y el jesuita valenciano Antonio Vicent<sup>31</sup> por el control de los círculos de distintas localidades. El líder carlista, que inicialmente había colaborado con el padre Vicent en la fundación de centros católicos, una vez lanzado a la escena política como cabeza del legitimismo valenciano, luchó por dotar a estas asociaciones de un carácter político estrictamente antiliberal.<sup>32</sup>

Más allá de la dotación de espacios de sociabilidad, la necesidad de seguir contando con unas bases propias llevó al carlismo a tratar de mediatizar los distintos medios de socialización. No pocas veces ello se favoreció a través de la acción que se llevaba a cabo en los propios espacios de sociabilidad que constituían los círculos. Pero desde el carlismo también se trató de participar de medios de socialización privilegiados como la familia, la prensa o la educación. En primer lugar, el círculo abría sus puertas a las familias en ocasiones especiales. En cuanto a la prensa periódica, el carlismo concentró numerosos esfuerzos en dotarse de medios de expresión, considerados tanto fuentes de cohesión como de propaganda. Más allá del célebre *Correo Español*, proliferaron los diarios y semanarios regionales de ideología carlista.<sup>33</sup> Era lógico teniendo en cuenta que se creía que mediante la influencia en la opinión pública se podía favorecer el cambio de la sociedad y la mudanza de las mentalidades. En cuanto a

---

<sup>30</sup> “Carta de Alejandro Reyero a Manuel Polo y Peyrolón”, Albaida, 27-II-1904, Archivo de Manuel Polo y Peyrolón, Real Academia de la Historia, Sign. 9-33-8-7895.

<sup>31</sup> El padre Vicent refleja, con su trayectoria vital, el importante peso del asociacionismo católico a lo largo de la Restauración. Desde muy pronto, erigió una intrincada red de asociaciones, Valls, R.: *La derecha regional valenciana: el catolicismo político valenciano (1930-1936)*, Valencia, Alfons el Magnánim, 1992, p. 23.

<sup>32</sup> Polo y Peyrolón, M.: *Memorias de un sexagenario*, Tomo 3, pp. 18-24.

<sup>33</sup> Canal, J.: *El carlismo: dos siglos de contrarrevolución...*, pp. 234-235.

la educación, ya se ha mencionado la creación de escuelas en ciertos círculos, si bien no fue una medida muy frecuente probablemente debido al hecho de que la presencia de la Iglesia en la enseñanza llegó a ser abrumadora.<sup>34</sup>

Pero más allá de los espacios propios, el carlismo también invirtió ingentes esfuerzos en la concurrencia a espacios que no le pertenecían. Una vez más Jordi Canal ha estudiado con gran acierto el paso que el carlismo dio, en gran parte con el cambio de siglo, del espacio privado al espacio público. En las calles y plazas, en determinadas ocasiones, los carlistas desarrollaron formas de sociabilidad menos formales, pero no por ello poco intensas. En un fenómeno que tenía mucho de empoderamiento y autoafirmación, el tránsito de unos a otros espacios se dio sin la ausencia de violencia e intimidación. Símbolos y rituales (como los cánticos, estandartes, boinas u oraciones), que en un espacio privado como el círculo tenían un peso y un significado concretos, ganaron relevancia y nuevas significaciones en el espacio público.

El recurso a la acción colectiva en éste, en formas diversas, fue empleado de forma prolija. El cambio de siglo implicó una mayor movilización en las filas carlistas. Charles Tilly ha definido la movilización como el concepto que describe el “proceso por el cual un grupo pasa de ser un conjunto pasivo de individuos a convertirse en un participante activo de la vida pública”.<sup>35</sup> No cabe duda de que el carlismo aumentó su cuota de movilización, en parte desde los mismos círculos, que promovían actos en el espacio público de entre los cuales destacó el conocido como “aplech”, que combinaba diferentes manifestaciones. En no pocas ocasiones, la sociabilidad y actuaciones que tenían lugar en el espacio público eran bastante similares respecto de los que tenían lugar en el interior de los círculos, si bien su localización en un espacio público y la presencia de una audiencia masiva le daban un significado especial.

Un ejemplo de *aplech* estrictamente carlista que puede ser mencionado a modo de ejemplo es el celebrado en Villarreal en octubre de 1915. En las columnas del *Diario de Valencia* se describió de manera relativamente exhaustiva los acontecimientos que

---

<sup>34</sup> González Cuevas, P. C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 46. En la misma línea, se ha señalado que la enseñanza en establecimientos religiosos en la época alcanzó una extensión sin precedentes, de la Cueva Merino, J.: “Clericalismo y movilización católica durante la Restauración”, en de la Cueva Merino, J. y López Villaverde, A. L. (coords.): *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la Restauración a la Transición*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, p. 31.

<sup>35</sup> Esta descripción, publicada en *From Mobilization to Revolution* (Nueva York, Random House, 1978), ha sido recogida en de la Cueva Merino J. y López Villaverde, A. L. (coords.): *Clericalismo y asociacionismo católico en España: de la Restauración a la Transición*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2005, p. 25.

tuvieron lugar a lo largo del día. Así, se comenzó explicitando la organización de distintas comisiones, abriéndose la jornada con una visita a los Círculos de la localidad y con la recepción de los oradores invitados. Los actos principales en esta ocasión fueron una gran manifestación, una misa de campaña, un banquete y mítines de carácter político. En estos últimos, el estrado estaba ocupado por algunos de los personajes más destacados del carlismo valenciano, como Luis Lucia Lucia, Manuel Polo y Peyrolón o Manuel Bellido Alba, mientras la tribuna estaba engalanada con gran número de banderas carlistas.<sup>36</sup>

Si en el impulso asociativo el carlismo encontró muchas veces en el catolicismo un rival, el énfasis movilizador adoptado desde las filas legitimistas se produjo en no pocas ocasiones en connivencia con otras culturas políticas de corte católico. Y es que las masas carlistas participaron con profusión en las movilizaciones impulsadas desde la jerarquía de la Iglesia católica española, en la mayoría de ocasiones realizadas en respuesta de medidas gubernamentales que se consideraban anticlericales.<sup>37</sup> En estas ocasiones las formas de movilización modernas, como los *aplechs* católicos, aparecieron al mismo tiempo que otras más tradicionales como las romerías y que manifestaciones religiosas cuyo crecimiento a partir de mediados del siglo XIX fue espectacular, como son las devociones a la Virgen María, al Sagrado Corazón de Jesús y a la Eucaristía.

Especialmente destacada fue la respuesta católica y clerical contra el proyecto de ley del Candado, que afectaba a las órdenes religiosas. En esta señalada ocasión, y en respuesta a la actividad gubernamental y parlamentaria, pero también a la movilización anticlerical, se sucedieron a lo largo y ancho de la nación y durante varios días una serie de manifestaciones de rechazo que suponen un muestrario perfecto de las formas de movilización de los católicos entre los años finales del siglo XIX y comienzos de la centuria posterior. Así, en la prensa podemos encontrar peregrinaciones al cerro de los Ángeles, romerías en Orihuela, entrega de mensajes al gobernador civil de Barcelona, rosarios públicos y *aplechs* en Valencia, comuniones generales en Zaragoza o manifestaciones multitudinarias y misas de campaña en Pamplona.<sup>38</sup>

---

<sup>36</sup> “El aplech en Villarreal”, *Diario de Valencia*, 21-X-1915.

<sup>37</sup> de la Cueva Merino, J.: “Clericalismo y movilización católica...”, pp. 34-37.

<sup>38</sup> “Las manifestaciones católicas”, *La Época*, 2-X-1910.

### **Un breve abordaje a otras formas de sociabilidad carlista.**

Me parece conveniente llamar la atención sobre una carta del carlista valenciano Mateo Zaforteza y Crespí de Valldaura al exaltado clérigo tradicionalista José Domingo Corbató. En ésta el primero, con motivo del nacimiento de su hijo, que no por casualidad llevaba entre sus cuatro nombres los de Carlos y Jaime, expresaba,

Ruego a Vd. pida a Dios nuestro Señor que me lo conserve me lo conserve si andando el tiempo tiene que ser un soldado más para la gran causa a la que todos nosotros hemos pertenecido y perteneceremos, y que lo llame a su santa gloria, si tiene que llegar a ser un apóstata vil.<sup>39</sup>

Un significado similar doy a uno de los artículos que aparecieron en una publicación periódica valenciana titulada *Luz Católica*, dirigida por el mismo José Domingo Corbató. En éste, el mismo director del semanario lamentaba amargamente el matrimonio de su hermana Rosario Corbató con José Navarro Cabanes, siendo la principal razón de su incomodidad el liberalismo de este último. De hecho, afirmó que

Enlazar mis dos apellidos, de tan inmaculado abolengo católico, con el cargo de administrador de un periódico liberal, rematadamente liberal, liberal de nombre y de hechos, y por lo tanto condenado, y por lo tanto enemigo de mi fe, de mi patria y de mi familia, eso es indigno, es infame, es pérfido y es cínico.<sup>40</sup>

Si se atiende a semejantes formas de pensar, resulta evidente que los varones identificados con la cultura política carlista consideraban necesario orquestar espacios de sociabilidad controlados en que los jóvenes carlistas pudiesen relacionarse con sus “semejantes”. Esta fue una de las razones por las que el carlismo estimuló la fundación de organizaciones juveniles, si bien también es cierto que tampoco se escapaba a sus dirigentes que la juventud era un activo militante a tener en cuenta. De hecho, una parte destacada de las innovaciones introducidas desde las directivas de los círculos se debieron, como ya he apuntado, a la necesidad de satisfacer a los miembros más jóvenes del partido. Los primeros años de la centuria observaron la organización de los batallones de la juventud, que se entretenían realizando marchas, instrucción militar y prácticas de tiro al blanco.

Estos batallones de la juventud fueron los precedentes del futuro Requeté, organización paramilitar carlista que, a imitación de los *camelots du roi* de Acción Francesa, constituían las fuerzas de choque del legitimismo español y se enfrentaron en

---

<sup>39</sup> “Carta de Mateo Zaforteza y Crespí de Valldaura a José Domingo Corbató”, 14-V-1896, Archivo Corpus Christi, Valencia, Fondo P. Corbató, cajas 1-2.

<sup>40</sup> Corbató, J. D.: “Dolorosa protesta”, *Luz Católica* 52, 27-IX-1901.

las calles con los escuadrones análogos de ideología republicana y anarquista.<sup>41</sup> Pese a que los jóvenes, como tales, tuvieron un papel propio en actos como la fundación de círculos, la celebración de veladas familiares o la participación en orquestas, orfeones y representaciones teatrales, fue más destacable la fundación de organismos que se consideraban especialmente adecuados para canalizar la sociabilidad juvenil, como por ejemplo las juventudes escolares y tradicionalistas.

El alineamiento de los jóvenes con las ideas de sus mayores, suponía una relativa consecución de la renovación generacional que tan necesaria era para el carlismo. Las diversas organizaciones juveniles carlistas fueron, por lo general, organismos de una vitalidad destacable, hasta el punto de que en ocasiones se hacía presente la existencia de un cierto conflicto generacional. Es en ese sentido que deben entenderse las llamadas a la supeditación de las asociaciones juveniles al control y la dirección de los círculos carlistas.<sup>42</sup> Por otra parte, el hecho de que muchos jóvenes se batiesen en las calles integrados en el Requeté o los batallones de la juventud no dejaba de estar parcialmente estimulado por la frecuente socialización, a través de la prensa, de las imágenes y de la palabra, de la violencia como un componente no constitutivo, pero sí históricamente presente en el carlismo.

En cuanto a la sociabilidad femenina, ciertamente el catolicismo conservador de los carlistas defendía el axioma de que el lugar por excelencia de las mujeres estaba en el hogar. Pero pese a que la mujer era considerada guardiana de la tradición a través de su condición de madre y esposa, tanto la cultura política tradicionalista como la propia Iglesia católica no renunciaron a dotarla de espacios de sociabilidad más o menos específicos ni a aprovechar las posibilidades que les otorgaba su movilización. Su participación en manifestaciones y organizaciones, especialmente aquellas de carácter religioso y asistencial, era especialmente bienvenida. Además, más allá de la participación en las veladas familiares que tenían lugar en los círculos, correspondencia como la mantenida entre José Domingo Corbató y su hermana Rosario Corbató o la joven carlista valenciana Amparo Meseguer permiten hablar de la progresiva

---

<sup>41</sup> Canal, J.: *Banderas blancas, boinas rojas...*, p. 36.

<sup>42</sup> Polo y Peyrolón, M.: *Memorias de un sexagenario*, Tomo 4, p. 73.



participación de mujeres en veladas específicamente dedicadas a ellas o de carácter mixto.<sup>43</sup>

Por último, querría dedicar unas breves líneas a las festividades que, celebradas dentro o fuera de los círculos, constituían otro espacio de sociabilidad en que, además, también participaban jóvenes y mujeres. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que la delimitación de un calendario festivo específico para la cultura política tradicionalista no dejaba de ser una herramienta favorable para la identificación colectiva y la constitución de ese “nosotros”. Herramienta que, una vez más, ha sido mejor estudiada en otras culturas políticas, lo cual no obsta que esta ya se emplease en ideologías antiliberales a comienzos del siglo XIX. Si volvemos de nuevo la mirada a Portugal, encontramos que en el miguelismo ya se institucionalizó un calendario de festividades que iba acompañado de celebraciones que fomentaban la movilización social y la socialización de unas ideas e ideales específicos. Además, la emergencia de un cuadro festivo y conmemorativo original volvía a estar acompañada de la ostentación y exaltación pública de símbolos considerados como definidores de la identidad política, por ejemplo a través de lazos, pañuelos o ropajes de colores concretos. Iluminaciones festivas, fuegos artificiales, danzas, corridas de toros, mascaradas y las consabidas exaltaciones del príncipe y la religión completaban el muestrario simbólico por medio del cual los miguelistas se apropiaban del espacio público en estas ocasiones.<sup>44</sup>

En el caso del carlismo, encontramos que a partir de 1896 se produjo la instauración, el día 10 de marzo, de la fiesta de los Mártires de la Tradición.<sup>45</sup> En este caso, la festividad no sólo se constituía como espacio de sociabilidad, sino que tenía un claro componente de socialización de memorias y de culto a los caídos. Cabe recordar que el culto a los antiguos combatientes, que no sólo se reservaba a dicha efeméride, sino que también se manifestaba en numerosas veladas o artículos en la prensa carlista, era fundamental de cara a mantener vivo el espíritu belicoso de los más jóvenes, que no habiendo luchado en ninguna guerra civil encontraba en la memoria de los caídos un estímulo para la participación en cuerpo paramilitares que no dejaban de ser un espacio

---

<sup>43</sup> Entre otras, “Carta de Amparo Meseguer a José Domingo Corbató”, Valencia, 3-V-1896 y “Carta de Rosario Corbató a José Domingo Corbató”, Valencia, 9-II-1897, Archivo Corpus Christi, Valencia, Fondo P. Corbató, cajas 1-2.

<sup>44</sup> Sá e Melo Ferreira, F.: “Festa liberal e festa contra-revolucionária em Portugal no século XIX”, en Sá e Melo Ferreira, F. (coord.): *Contra-revolução, espírito público e opinião no sul da Europa. Séculos XVIII e XIX*, Lisboa, Centro de Estudos de História contemporânea portuguesa, 2009, pp. 79-81

<sup>45</sup> Canal, J.: *Banderas blancas, boinas rojas...*, p. 30.

de sociabilidad en que se interiorizaba la necesidad de actuar violentamente contra aquellos tachados de liberales e impíos.

El propio Carlos VII escribió al marqués de Cerralbo, tras decidir la instauración de tal festividad, especificándole algunos de los actos que sería conveniente celebrar, incluyendo misas y funerales en iglesias o cementerios, artículos conmemorativos en periódicos o revistas y veladas familiares en los círculos. Otras festividades de cierta relevancia en el calendario carlista eran las celebradas en honor de los Reyes de España, en el día de Todos los Santos o con motivo de los cumpleaños de miembros destacados de la familia real proscrita. Las diversas festividades mostraban, en fin, la necesidad de conmemorar, celebrar y sentir próximos a personajes largo tiempo ausentes (bien fuese por el exilio o por el largo periodo de paz), como los príncipes o los militares carlistas.

Y de la misma manera que había ocurrido en las primeras décadas del siglo XIX en Portugal, a finales de este siglo y comienzos del siguiente en España las mencionadas festividades eran ocasiones en que la celebración no sólo se relegaban al hogar o al espacio privado de los círculos, sino que daban pie a una apropiación física y simbólica del espacio público. Así, encontramos por ejemplo que Manuel Polo y Peyrolón describió para una fiesta celebrada en la localidad valenciana de Alzira para exaltar la “monarquía cristiana” la combinación de ciertos actos que se reducían al espacio del círculo y de otros, como un mitin de corte político y un banquete en que los comensales se deleitaron con 29 paellas, que suponían la concurrencia al espacio público. En esta ocasión, la simbología y la religión también tuvieron un espacio relevante en el evento, ya que la bandera de la juventud carlista del municipio fue bendecida en el curso de la celebración.<sup>46</sup>

---

<sup>46</sup> Polo y Peyrolón, M.: *Memorias de un sexagenario*, Tomo 5, p. 194.